

### **19 de septiembre de 1999**

Íbamos cinco coches y unas veinte personas. Paramos para relajarnos un poco, ya que la carreta era una balsa de agua, había mucho peligro detrás de cada coche ya que había una cortina de agua impedía la visibilidad. Allí estuvimos casi una hora tomando café y unos dulces, también algunos compramos dulces ya que tienen muy buena fama. Estábamos temiendo ponernos en camino ya que la tarde era terrible, al fin decidimos hacerlo pero con mucho miedo y cada uno se subió en su coche. En el de mi hijo conducía mi nuera Doris y mi hijo Antonio iba en el asiento del copiloto, detrás de él iba mi mujer, mi nieto Antonio en el centro y yo detrás de mí nuera.

Cuando reanudamos el viaje el tiempo estaba bastante peor, había arreciado el viento y la lluvia era cada vez más fuerte, salimos con mucha precaución y muy despacio, la carretera era todo una balsa y había que guardar mucha distancia entre vehículo y vehículo. Hasta Granada la carretera estaba muy mal, había mucha agua en la calzada.

Parecía que al pasar Santa Fe se veía menos agua en el asfalto, una vez pasado el pantano, ya en dirección a Jaén, el coche hizo un extraño y Doris lo estaba comentando con mi hijo, le dijo “has visto Antonio lo que ha hecho el coche”, no había acabado de decírselo cuando el coche en plena recta empezó a desplazarse de un lado a otro de la carretera, por el lado de la derecha había un barranco y aunque había un quita miedo había mucho peligro.

El coche no respondía ni a los frenos ni al volante, después de dar varios bandazos se estrelló contra la mediana, después del golpe se hizo un silencio estremecedor, fue chocar contra las chapas de la mediana y ponerse a arder, el incendio empezó por dentro en la zona de los pies del conductor y los míos, todos quedaron sin sentido menos yo.

No se como explicar la situación, abrí la puerta y Doris también consiguió salir entre las llamas, tenía un pelo muy largo y se le incendió, lo primero que hice fue tratar de apagarle el pelo con mis manos, con la lluvia y la fuga de la gasolina además de estar el coche en

llamas todo lo que lo rodeaba estaba ardiendo, y mi hijo, mi mujer y mi nieto dentro del coche, yo no paré a pensar lo que me pasaba a mí, ellos eran más importantes. Saqué a mi nieto y se lo di a su madre que ya no ardía, volví al coche y mi mujer estaba atontada, no se estremecía, estaba con toda la cara brotándole sangre, conseguir sacarla y retirarla del fuego del coche y de todo lo que lo rodeaba. Le daba a todos voces para que se retiraran del coche por si explotaba. Di la vuelta al coche para abrir la puerta derecha delantera, aunque el golpe fue de frente, en ese lado era el que más había tenido el impacto, el cristal delantero y la estructura lo tenía atrapado y la puerta no se podía abrir.



Coche con el que tuvimos el accidente

Era una desesperación ver a tu hijo quemarse y no poder hacer nada, yo le gritaba que luchara, que no se diera por vencido, parecía que estaba loco de las voces que le daba, lloraba de desesperación, era una impotencia que nadie se puede imaginar, las llamas cada vez eran mas grandes y era más difícil poder acercarse al coche, viendo que no podía hacer nada me volví de espaldas al coche solo me quedaba rezar y pedirle a Dios, otra solución no había.

No se si seria un milagro pero cuando volví la vista mi hijo estaba detrás de mi agachado porque parecía que tenía una lesión en la espalda. Esto que estoy contando sucedería en cuestión de segundos, porque todavía no había parado ningún coche. Seguía una lluvia tremenda. El primer coche que paró atendió a mi mujer y a mi nieto, al salir de los abades nosotros habíamos salido en primera posición, los otros cuatro coches venían detrás, antes del accidente dos nos habían adelantado, los que venían detrás nos vieron y pararon. Para cuando lo hicieron ya había pasado todo.

Habían llamado por los móviles al 061 lo primero que llegó fue la policía nacional, se dedicaron a poner indicativos de que había un accidente y regular la circulación mientras llegaban los servicios de emergencias. Los minutos pasaban y allí no llegaba nadie, al cabo de la media hora llegó la Guardia Civil de Tráfico, al llegar los agentes de tráfico la policía nacional se fue y ellos siguieron en su puesto. Cada vez llovía más, estábamos todos mojados y con mucho frío, tanto nosotros como los compañeros que habían parado para socorrernos. Se portaron todos muy bien, en especial Vicente Alcázar y su mujer, en definitiva todos.

Todos le preguntábamos a la guardia civil que cuando llegarían las ambulancias y ellos siempre contestaban lo mismo, que no tardarían. Después nos enteramos que con la tormenta tan grande que estaba cayendo, en las cercanías de Granada se habían producido más de 50 accidentes. Estuvimos en esta situación que estoy describiendo cerca de una hora, todo era desesperación, no sabíamos a ciencia cierta las lesiones que teníamos, mi mujer chorreando

sangre, mi hijo doliéndose de la espalda sin poder moverse, mi nuera con la cara, un pie y una mano toda quemada, yo con una mano quemada y un pie. Cuando me enfrié, me di cuenta que la mano que no tenía quemada, la tenía fracturada por encima de la muñeca.

Vicente Alcázar consultó con la guardia civil si podíamos irnos hacia Jaén, le dijeron que bajo nuestra responsabilidad que lo podíamos hacer. Me lo consultó y le dije que sí. En el coche de Vicente y en el del otro compañero nos acoplamos como pudimos y nos dirigimos hacia el hospital de Jaén, nos quedaban unos 80 kilómetros, estábamos todos muy nerviosos y desconsolados, la primera norma era llegar a Jaén en las mismas circunstancias que estábamos, emprendimos el viaje con muchas precauciones y muy despacio.

El tiempo no mejoraba y la carretera estaba en pésimas condiciones, los kilómetros se hacían interminables, veníamos a poca velocidad y todos los coches nos adelantaban, la noche se estaba echando encima y cada vez era más peligroso circular.

Vicente Alcázar trabajaba de enfermero en el hospital Princesa de España y hacia allí tenía pensado llevarnos. Por fin vimos el emblema de nuestra ciudad que es el castillo, me dio mucha alegría ya que esto significaba que estábamos cerca, pero el poco trayecto que nos quedaba era peligroso no había parado de llover y tenía la incertidumbre de cómo seguirían los que iban en el otro coche, todo eran pensamientos malos. Mi hijo Antonio no sabía si el golpe de la espalda lo dejaría inválido, que miedo tan horrible. La mano que se me había fracturado cada vez estaba más inflamada. Por fin entramos en el recinto del hospital Princesa de España. Nada más llegar, Vicente movió cielo y tierra, a todos nos atendieron a la vez, todo porque Vicente era muy conocido. Lo más grave era lo de mi hijo, el traumatólogo era el Doctor Valenzuela. Cuando me tocó a mí entrar en la consulta, a mí no me importaba lo que me pasaba en el brazo, si no la situación en que estaba mi hijo, le pregunté al doctor Valenzuela si mi hijo se quedaría en una silla de ruedas, el doctor me dijo que no era muy probable pero

que no me podía decir nada hasta que no se recibieran las pruebas de radiología.

Curaron las quemaduras a mi nuera Doris que parecía que era la que más tenía y le dieron el alta. A mi nieto después de una buena exploración no le encontraron ni un rasguño y también le dieron el alta. A mi hijo lo dejaron ingresado y que no se moviera hasta que vieran que pasaba con la espalda, ya que las pruebas se las harían al día siguiente. A mi mujer le curaron las heridas de la cabeza y la dejaron en observación. A mí me curaron las quemaduras de la mano y del pie y a las pocas horas me operaron de la fractura del brazo y también me dejaron ingresado.

Estuvimos ingresados 5 días. Lo de mi mujer sólo eran heridas superficiales, a mi hijo le vieron que tenía unas vértebras aplastadas y era cuestión de guardar reposo.

A mí, para arreglar la fractura del brazo me metieron un alambre en la mano y otro en el codo. Una de las agujas cogió un virus en el quirófano y en el interior

se fue pudriendo hasta tal punto que a los pocos días tenía un olor como podrido. Llamé a un amigo mío que es médico para que me diera su opinión, ya que me estaba dando un poco de fiebre. Mi amigo me llevó a urgencias y me vio el traumatólogo de guardia. Este hombre nada más verme me hizo una ventana en la escayola para ver de donde venía el olor, aquello era insoportable, me dijo que me fuera a mi casa y que al día siguiente viniera a las urgencias que estaría el doctor que me había operado.

Esta situación de idas y venidas, ingresos y altas, duro casi dos años. Descubrieron que era una bacteria de quirófano, pero no había antibiótico que matara a la bacteria. Por fin, el doctor Valenzuela me puso un antibiótico traído de Barcelona y después de seis o siete operaciones y cientos de curas, consiguió acabar con esa pesadilla. El final fue que me quitaron parte de los huesos del brazo de tanto quitar y quitar, al final el seguro me dio una indemnización de varios millones de pesetas y me compré un ordenador para mi casa. El coche ardió por completo.

La gente de mi asociación en el momento del accidente colapsaron el hospital hasta tener que llamarnos la atención. En los días sucesivos y durante nuestro ingreso, fueron muchas las vistas que recibimos, en mis sucesivos ingresos la gente no dejó de visitarme, la mayoría de ellos lo hizo de corazón, pero hubo algunos que me tenían envidia, no me han podido perdonar que desde que inicié mi rehabilitación allí por los años 70 no halla tenido ninguna recaída y que la gente humilde me quiera. Había quien ya se creía mandando en la asociación, aquello tenía mucho nombre y era un sitio para hacerse protagonista en una ciudad tan pequeña como la nuestra, cuando ya estuve incorporado por completo empezaron los problemas de la sucesión, fueron dos años de infierno, se veía venir.